

El rector y dos de los profesores del seminario habían conocido en Popayán a mis hermanos Rafael y Enrique que tenían fama de juiciosos. Yo, que no la tenía, tuve que seguir el ejemplo de mis hermanos mayores, para no desacreditar el apellido.

Era capellán del ejército el canónigo Francisco Calvo, un viejito simpatiquísimo. Con mucha frecuencia iba al seminario y lo convidaban o se convidaba a almorzar, pues casi siempre sus visitas eran cuando se acercaba la hora de almuerzo.

Es sabido que en los seminarios no se habla durante las comidas sino que algún alumno lee en alta voz algún libro instructivo. Sólo en casos extraordinarios permiten hablar, en cuyo caso el rector toca el timbre y dice:

—*Te autem domine miserere nobis.*

—*Deo gratias*, contestan los alumnos y empieza la charla.

Cuando veíamos que el padre Chico (así lo llamaba todo el mundo) estaba invitado a almorzar, nos poníamos felices y decíamos:

—Hoy tenemos *tu autem*.

Era imposible que estando el padre Chico en el comedor no nos dejaran hablar; él era muy conversador y le encantaban los chistes, de manera que una visita del padre Chico era un acontecimiento.

En una ocasión mi padre fue invitado a un baile que daba el Presidente de la República y nos contaba que al subir las gradas del palacio bajaba un viejito, vestido de militar, con sombrero de empanada

y espada. La cara no
que era el padre Chi
ción se puso su vestie
ejército.

El padre Chico
todo el mundo lo cono

El seminario de C
el de Popayán, pues d
días del cumpleaños d
tecimiento.

Nosotros no tenían
Una vez supe que la
hermano de mi madre
decir nada a mis her
le dije:

—Vengo a pedirle
hermanos mañana.

—Con la risita sa
dijo:

—¿Y dónde piensa

—Ha llegado la f
madre y queremos ir a

—Sin preguntar n
en el recreo les dí la
siguiente le caímos a
Patiño, que no contaba
cho, allí almorzamos y
sámos al seminario, p
esa hora.